Donde el fútbol es político: los ultras y la revolución en Egipto

«Los ultras han desempeñado un papel más significativo que cualquier grupo político en el territorio»
(Alaa Abd El-Fatah, bloguero y activista político egipcio)

—» **Jan Busse**
Investigador senior y profesor en el Departamento de Política Global y Estudios de Conflictos de la Universidad Bundeswehr, Múnich. Miembro de la Joven Academia Árabe Alemana de Ciencias y Humanidades. Coordinador europeo de la Red Israelí-Europea de Políticas Públicas.

Cómo el fútbol llegó al Nilo

Cuando en el siglo XIX el fútbol se transformó en un fenómeno ubicuo, los ingleses fueron la fuerza motriz de esa globalización del fútbol moderno. Esto fue así, también en el caso de Egipto. Inglaterra conquistó Egipto en 1882, con el objetivo de controlar el canal de Suez, una ruta crucial entre el Mediterráneo y el océano Índico, y por ello fundamental debido a la trascendencia del comercio internacional para ese imperio.

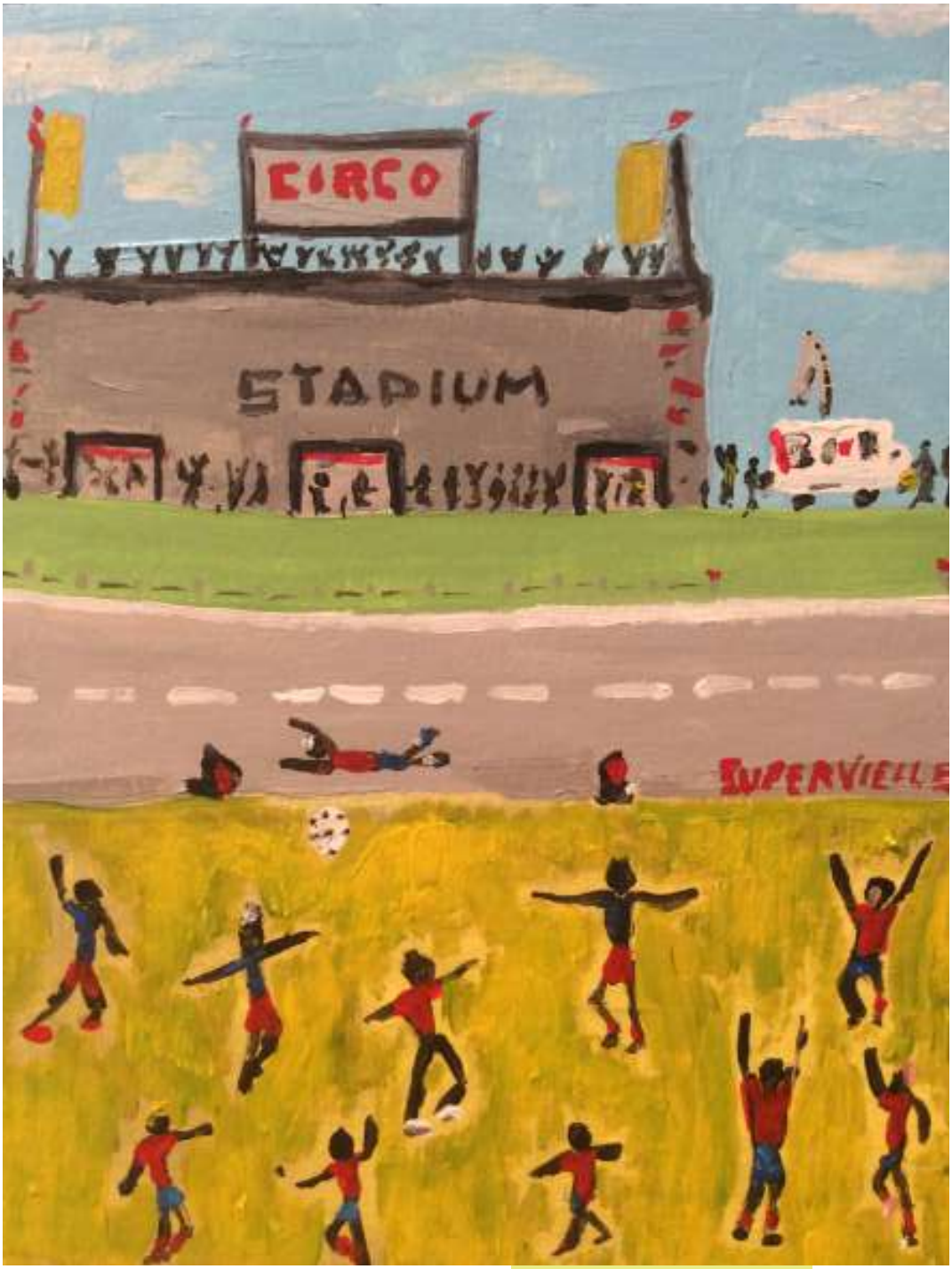

Ilustración: Daniel Supervielle

La situación en Egipto fue diferente a otros ejemplos de colonización, ya que los británicos se encontraron con una sociedad en parte ya modernizada y con una elite urbana existente, así como con una nobleza que podía ser sometida mas no eliminada. En lugar de rechazar el fútbol como algo foráneo, la elite egipcia se apropió del nuevo deporte. Ya en 1920, una delegación egipcia fue el primer equipo africano en participar de los Juegos Olímpicos. Incluso, en 1959 Egipto ganó la Copa Africana de Naciones, unido a Siria, en lo que fue la breve República Árabe Unida. Un ejemplo interesante de la interrelación entre fútbol y política se hizo evidente a partir de la suspensión de la liga local por un período de cinco años, producto de la destrucción generada por la guerra contra Israel en 1967 (Goldblatt, 2006, pp. 481-496).

La política del fútbol en el *Ancien Régime*

Durante la presidencia de Hosni Mubarak —que asumió en 1981— Egipto fue una dictadura que no permitió el disenso y oprimió de manera constante a las fuerzas de oposición. Casi un 70% de su población era menor de 35 años y casi la mitad de los habitantes entre los 20 y los 24 años estaban desempleados. Además, un tercio de la población era analfabeta, y no menos de un 40% vivían bajo la línea de pobreza. Ya antes de 2011 se registraron revueltas debido a un súbito aumento del precio de alimentos de la canasta básica. En términos generales, en los albores de la revolución la situación en Egipto se asemejaba a un polvorín.

Ante esta situación, el régimen intentó utilizar el fútbol como medio para desviar la atención de la población sobre la pobreza, la falta de libertad y la represión política. Al mismo tiempo, los estadios eran los únicos sitios donde los egipcios podían reunirse en torno a un fin común y manifestar cierto espíritu, en la cara de las autoridades. Enfrentamientos violentos entre aficionados y la policía sucedían de forma habitual.

En ese contexto, el clásico entre los dos equipos de El Cairo —Al-Ahly y Zamalek—, reconocido como uno de los más violentos, tuvo especial importancia. Ante la falta de competencia política, ser simpatizante de Al-Ahly o Zamalek adquirió un significado más allá de lo futbolístico. Originalmente, la dura rivalidad entre los dos mayores equipos egipcios, que se encuentran entre los más ganadores de África, constituye una analogía de la división política entre la elite promonárquica y las masas de orientación republicana. Al Zamalek Sporting Club, fundado en 1911, estuvo vinculado al gobierno colonial británico y a la clase alta egipcia. Luego de la declaración de independencia en

1922, Zamalek pasó a ser el equipo de la monarquía egipcia, e incluso pasó a llamarse, en 1941, Club Rey Farouk, en honor al monarca. Luego del derrocamiento de la monarquía, en 1952 el club recuperó su nombre tradicional, Zamalek SC. El nuevo liderazgo republicano del presidente Nasser apoyó al rival de Zamalek, Al-Ahly, que fue el primer club de origen egipcio, fundado bajo la ocupación británica en 1907. Incluso, Al-Ahly —que en árabe significa 'nacional'— se transformó en símbolo de la independencia y de la lucha anticolonialista (Montague, 2008, cap. 8).

A pesar de que Al-Ahly constituye un símbolo del pueblo egipcio, la dirigencia del club ha estado fuertemente vinculada al anterior régimen. Mientras que la rivalidad con Zamalek está anclada en la cercanía de este con la clase alta, y del vínculo del Al-Ahly con las masas, la situación actual no refleja estos antecedentes. Las diferencias sociales y políticas están más presentes a nivel de la dirigencia de ambos clubes que de sus simpatizantes.

El intento del régimen por utilizar el fútbol tuvo limitaciones claras. A pesar de que el fútbol sirvió como medio para acallar a la población, los estadios se transformaron en campos de cultivo para la oposición al gobierno.

Los ultras y la revolución

A partir del 25 de enero de 2011, luego de que los tunecinos derrocaran el régimen de Ben Ali, cientos de miles de egipcios tomaron las calles. Entre ellos se encontraban especialmente los jóvenes, cuyas expectativas aparecían sombrías. El centro de las propuestas fue la plaza Tahrir de El Cairo, que poseía una connotación importante para la revolución, ya que el término *tahrir* en árabe significa 'liberación'. El control de la plaza, por lo tanto, se volvió imprescindible para el movimiento de protesta. Aunque los ultras no se involucraron de manera organizada en las protestas iniciales, se unieron al movimiento al advertir su dimensión y potencial. Los más importantes en la lucha contra el régimen fueron los ultras de Al-Ahly, aunque los de Zamalek también tuvieron su participación. Los ultras tuvieron un rol fundamental en la toma y defensa de la plaza de Tharir, frente a las fuerzas policiales, a los seguidores de Mubarak y a matones a sueldo del gobierno. El 2 de febrero los ultras protegieron a los manifestantes contra un ataque de matones que ingresaron a la plaza a lomo de camello, en un incidente posteriormente bautizado *la batalla del camello* (El-Zatmah, 2013, pp. 801-813).

A diferencia de la mayoría de los manifestantes, los ultras tenían como ventaja una muy buena organización y amplia experiencia en choques con la policía, a la que consideraban su mayor enemigo (Dorsey, 2016, pp. 51-54; 60-67). Su experiencia en peleas callejeras fue un elemento determinante para la defensa de la plaza y de los manifestantes. Controlaron el acceso a la plaza, y mediante un sistema de señas realizaban retiradas tácticas. Los combatientes de las primeras filas eran reemplazados de manera regular por otros nuevos. También implementaron una compleja división del trabajo entre tiradores de piedras, constructores de barricadas, aquellos que abastecían a las primeras líneas con municiones y quienes se encargaban de retirar a los heridos.

Sin la ayuda de los ultras la plaza habría caído y el rumbo del alzamiento habría tomado otro curso. El 11 de febrero de 2011 se anunció la renuncia de Mubarak. Los manifestantes pagaron un alto costo, con 840 víctimas y cerca de 6400 heridos, muchos de ellos ultras. Una de los consecuencias más importantes de la renuncia de Mubarak fue la reanudación de la liga de fútbol, lo que devolvió a los ultras la oportunidad de seguir alentando a sus equipos con pasión, en los estadios.

La tragedia de Port Said y la lucha por justicia

El 1 de febrero de 2012 Al-Ahly enfrentó al Al-Masry en Port Said, y fue derrotado por 3 a 1. Sin embargo, el resultado es insignificante en comparación con los 74 aficionados del Al-Ahly que murieron en enfrentamientos durante el partido. La situación ya estaba caldeada desde el día anterior pero luego del pitazo final hubo una escalada de violencia. Cientos de simpatizantes de Al-Masry invadieron el campo de juego y persiguieron a los jugadores de Al-Ahly hasta los vestuarios. A pesar de la fuerte presencia policial, los aficionados de Al-Ahly fueron atacados con palos y bengalas. Al estar las puertas cerradas, muchos murieron sofocados entre la muchedumbre en pánico o fueron aplastados.

Miembros del antiguo régimen calificaron la masacre como una expresión de una cultura bárbara, glorificadora de la violencia, presente en los aficionados, que derivó en provocaciones mutuas y un estallido de violencia. Muchos aficionados del Al-Ahly estaban convencidos de que el incidente fue parte de un acto de venganza de parte del antiguo régimen, en represalia por la responsabilidad de los ultras en la caída de Mubarak. Más bien, la catástrofe fue un brote espontáneo e imprevisible, arraigado en la profunda rivalidad ente los aficionados del Al-Ahly y el Al-Masry. La policía, sin embargo, tuvo responsabili-

dad por el exceso de violencia, pues decidió no intervenir, ya que le era conveniente que los ultras se aplastaran entre sí.

La tragedia de Port Said golpeó a la sociedad egipcia en su conjunto, haciendo que la rivalidad entre los ultras de Al-Ahly y Zamalek quedara de lado. Luego de un encuentro histórico entre ambos grupos, manifestaron que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas con tal de asegurarse de que los responsables de la masacre fueran juzgados. Al mismo tiempo, gran parte de la población se solidarizó con los ultras. Port Said dejó en evidencia el poder político de los ultras, que fueron capaces de movilizar a decenas de miles de personas exigiendo justicia. En lugar de la confrontación abierta, los ultras ensayaron otras estrategias para ejercer presión política, tales como marchas de protesta, sentadas o bloqueos. Finalmente, el 17 de enero de 2013, una corte egipcia sentenció a muerte a 21 aficionados del Al-Masry, mientras que otros 17 acusados obtuvieron penas de hasta veinticinco años de prisión. Si bien hubo nueve policías acusados, siete fueron absueltos.

> A pesar de que el fútbol sirvió como medio para acallar a la población, los estadios se transformaron en campos de cultivo para la oposición al gobierno.

La sentencia generó una enorme controversia, ya que los simpatizantes de Al-Masry fueron señalados como chivos expiatorios, mientras que la policía no fue debidamente responsabilizada. Sin embargo, los líderes ultras aceptaron la decisión de la corte a regañadientes, con el objetivo de evitar más derramamiento de sangre.

¿Restauración del antiguo régimen de política y fútbol?

A pesar de encontrarse parcialmente satisfechos con el veredicto de la corte, los ultras del Al-Ahly se retiraron de las calles, descartaron futuras acciones políticas y volvieron a los estadios (Elgohari, 30.6.2013).

En 2012, Mohamed Mursi, integrante de los Hermanos Musulmanes, se transformó en el primer presidente democráticamente electo en la historia de Egipto. Activistas liberales, muchos de ellos involucrados en la destitución de Mubarak, manifestaron su temor acerca de la intención de Mursi de transformar a Egipto en un Estado islámico. Las protestas contra Mursi siguieron en aumento, y en julio de 2013 este fue derrocado por un golpe militar. A grandes rasgos, las cosas volvieron al mismo estado que se encontraban antes de la revolución.

Los Hermanos Musulmanes fueron proscriptos y sus integrantes perseguidos; se limitaron las libertades políticas, incluso de forma más drástica que antes de la revolución de 2011. Los presos están siendo torturados en las cárceles, la libertad de expresión y las manifestaciones están limitadas al extremo, y civiles están siendo juzgados por tribunales militares.

A pesar de todo, los ultras continúan siendo una fuerza política destacada. En 2014, un nuevo grupo llamado Ultras Nahdawy participó de las protestas estudiantiles contra el indulto y posterior liberación del expresidente Mubarak. Este grupo, que se autodenomina explícitamente como político, puede ser visto como una reacción ante la retirada generalizada de los grupos de ultras de las protestas políticas. El régimen ha intentado doblegar el poder de los ultras, consciente de su potencial amenazante. En 2015 definió a todos los grupos ultras como organizaciones terroristas y comenzó a perseguirlos de manera sistemática.

Aunque aparentemente el orden se ha restaurado luego del golpe militar de 2013, Egipto se enfrenta a importantes desafíos económicos, sociales y políticos. El precio de la gasolina se fue a las nubes y hay escasez de productos y alimentos básicos. El Gobierno ha agotado casi todas sus reservas en moneda extranjera y está al borde de la bancarrota. A pesar de esta triste situación, y del futuro incierto, la pregunta en Egipto sigue siendo cuándo volverán los ultras a las calles.

Referencias bibliográficas

Goldblatt, David (2006). *The Ball is Round: A Global History of Football*. Londres: Penguin Books, pp. 481-496.

Montague, James (2008). *When Friday Comes: Football in the War Zone*. Edinburgo: Mainstream Publishing, cap. 8.

El-Zatmah, Shawki (2013). «From Terso into Ultras: The 2011 Egyptian Revolution and the Radicalization of the Soccer's Ultra-Fans», *Soccer & Society*, vol. 13, n.º 5-6, pp. 801-813, doi: 10.1080/14660970.2013.766030.

Dorsey, James (2016). *The Turbulent World of Middle East Soccer*. Londres: Hurst Publishers, pp. 51-54; 60-67.

Elgohari, Mohamed (30.6.2013). «Egypt's Ultras: No More Politics», *Jadaliyya*, ‹www.jadaliyya.com/pages/index/12475/egypt's-ultras_no-more-politics›.

Traducción de Federico Irazabal